

dicha? Pensando en esto estaba, cuando tropezó con un gallardo joven, y sus miradas cruzáronse con una intensidad muy grande, quedando de súbito envueltos por las redes de un amor vehemente y apasionado. El naciente idilio continuó en ambos jóvenes con igual entusiasmo, hasta que el galante enamorado se convirtió en el novio oficial. El alma apasionada de Julieta estaba radiante de felicidad. Tenía un novio que la adoraba, ningún obstáculo se oponía á su unión, y considerábase la criatura más dichosa del mundo. Llegó por fin, el ansiado y feliz instante en que sus almas se ibán á unir con el vínculo del matrimonio. En la mañana del fausto acontecimiento, Julieta esparcía á su alrededor una alegría sin límites, llegando hasta asustarse, ella misma, de su intensa dicha. En un momento, en que ataviada con su elegante y vaporoso traje de desposada esperaba á que su padre la condujera al carruaje que la iba á llevar á la iglesia, pensó que era un viernes y un trece el día elejido para su boda.

Un ligero estremecimiento de superstición la hizo vacilar cuando iba á dar el brazo al señor Aubriet, mas pronto se rehizo de lo que ella llamaba loca agüería, y olvidó esta importuna idea pora pensar que pronto iba á unirse con su adorado.

Celebrada yá la boda, los novios seguidos por los concurrentes pasaron á la sacristía donde recibierom de sus relaciones muchos augurios de felicidad. Julieta, orgullosa y del brazo de su esposo, cruzó por entre los invitados y con el pecho palpitante de emoción, subió al carruaje que los iba á conducir al nido de sus sueños de ventura.

Dos años de continuada felicidad habían pasado desde el día en que Julieta y Pablo constituían una sola vida, y sus corazones latían al únisono, con un amor profundo y verdadero. ¡Cuántas caricias, cuántas ternezas le había